

no el encanto de otros tiempos, que la ciega nostalgia considera mejores. La contraportada del libro nos recuerda la definición que la Real Academia ofrece de bibliomanía: «Pasión de tener muchos libros raros o los pertenecientes a tal o cual ramo, más por manía que para instruirse». Poca relación hay a menudo entre la bibliomanía y el placer de la lectura. La literatura ya existía desde siglos antes de la aparición del libro impreso, y seguiría existiendo sin merma alguna aunque éste dejara de existir.

Los bibliómanos o bibliófilos tienen algo de los fetichistas que coleccionan zapatos de mujer y que, en muchos casos, acaban prefiriendo el bello zapato de tacón a la mujer que lo utiliza. Al buen lector le importa más el texto que la rareza de la edición. En cualquier catálogo de un librero anticuario, los libros más caros suelen ser casi siempre los que menos apetece leer. Leer un libro, para el perfecto bibliófilo, es casi una profanación: los bellos o los raros libros, los que interesa coleccionar, se miran, pero no se tocan, o se tocan con guantes y siempre lo menos posible.

En cualquier catálogo de un librero anticuario, los libros más caros suelen ser casi siempre los que menos apetece leer

La bibliomanía es, como todas las manías, un tanto risible y goza de un prestigio quizás un tanto desmesurado. El libro cuanto más antiguo, lujoso o artístico, cuanto más deba ser preservado en vitrina, menos sirve para leer, menos útil es.

El mejor libro, el más funcional, el que más facilita la lectura; la mejor biblioteca, la que más obras guarda y en el menor espacio y en el orden más accesible.

De momento, el libro tradicional, el libro en papel, el que amaba Eugene Field, se defiende bastante bien frente al libro electrónico; si algún día se inventa un artilugio que lo sustituya por completo con ventaja, bienvenido sea. En ese caso, desaparecerá en el uso habitual, pero los lectores no lo echarán de menos y los bibliómanos podrán seguir coleccionando, como hacen ahora, hermosas y raras ediciones que no tendrán la tentación de leer.

Un hombre mayor, Ferdinand, vive solo en una granja, sin muchos lujos pero tampoco preocupaciones, una austeridad sentimental que le permite cierta calma y paz existencial y ver por ello todo cuanto le rodea con esa claridad que tan sólo quien posee una cierta limpieza interior puede observar. Su vecina Marceline sufre en su casa los efectos devastadores de una tormenta. Ferdinand no duda en ofrecerle su casa, a ella y a sus peculiares animales (entre ellos, el burro «Cornelius», que manifiesta una inteligencia totalmente desconcertante). En el pueblo se van encontrando con otros casos similares de soledad, problemas, abandono y situaciones un tanto desesperadas, así que, poco a poco, la casa se convierte no sólo en lugar de acogida sino en un hogar para todos, una gran familia que se retroalimenta y crece no sólo en número sino también sentimentalmente con la personalidad y experiencia de cada nuevo miembro.

Un libro fascinante en muchos sentidos. Un acierto, siempre, leer a Barbara Constantine y un recordatorio perfecto de los beneficios inmediatos y reales que producen en uno mismo y el resto la empatía y la solidaridad, aunque muchos sigan creyendo que el egoísmo y el egocentrismo (justo en el lado contrario) curarán todos sus males y les alejarán de los problemas ajenos, para que puedan centrarse sólo en su propio ombligo. Lo que descubrirán más tarde es que este agujero de entrada se convertirá en la raíz en la que anida su propia infelicidad. Que cada uno por tanto elija su camino.

«Queridísima Scottie»

Las cartas de **Scott Fitzgerald** a su hija descubren a un hombre triste que añora la felicidad del pasado



SAÚL FERNÁNDEZ

Francis Scott Fitzgerald (1896-1940) escribe a su hija Scottie en diciembre de 1940: «Por lo demás, sigo en la cama. Esta vez, el resultado de veinticinco años de cigarrillos. Tienes dos hermosos malos ejemplos por padres. Límitate a hacer todo lo que no hicimos y estarás perfectamente a salvo» (p. 205). Al poco, murió. Dejó sin publicar *El último magnate*, su particular crónica de los años dorados de Hollywood, los de *Lo que el viento se llevó* y *El mago de Oz*; el final de la década de los treinta, cuando París ya había dejado de ser una fiesta y los años universitarios eran sólo ficción. Fitzgerald, entre una cosa y la otra, fue padre de Frances Scott Fitzgerald (1921-1986), la única hija posible de *Zelda*, loca en Alabama. Scottie Lanahan —éste es el nombre que adoptó después de casarse— fue periodista, escritora y militante destacada del Partido Demócrata. Antes de eso, una adolescente, una estudiante universitaria. Sobre la formación de aquella adolescente en plena Gran Depresión van estas *Cartas a mi hija*, un epistolario que, con décadas de retraso, por fin sale en castellano.

Las únicas cartas compiladas en este libro son las del novelista. Las otras, las de la hija, no están. Y no sabemos la razón..., y es una lástima: ya que nos ponemos a leer las cartas privadas de las celebridades, queremos conocer los secretos completos. Las respuestas de la hija adolescente no están. De estarlo, es cierto, sería para descubrir una sarta de excusas de niña bien en busca de la paga semanal de un padre lejano (Scottie está en la Costa Este mientras que el novelista está trabajando en Los Ángeles). Las cartas del autor de *El gran Gatsby* son una guía por el camino de la perfección de una chavala descocada y con ganas de vivir la vida loca y triunfar. Dice Lanahan en el prólogo que es preferible tener a los escritores célebres como compañeros de mesa a «convivir con ellos». Y parece natural. Confiesa en el mismo prólogo que las cartas de Scott Fitzgerald eran las de su padre, no las de una celebridad. «Me limitaba a examinarlas en busca del cheque y nuevas y luego las metía en el cajón inferior derecho...» (p. 14).

Scottie debía haber sido la única lectora de estos textos que tenían que haber sido secretos —se guarda mucho el novelista de que su hija guarde su vida privada, le dice a su hija que no desvele nada de ella a los periodistas, porque pueden «retorcer» sus palabras—, pero hace tiempo que pasaron a ser de dominio público. Y así descubrimos que Fitzgerald, en la lejanía, controla el plan de estudios de su hija en el Vassar College, sus vacaciones, sus amistades... Le impone un programa de lecturas muy grave y se decepciona cuando la adolescente no lo cumple o lo cumple a su manera. Scottie empezó *Guerra y paz*, pe-



Scott Fitzgerald, su mujer, *Zelda*, y su hija, *Scottie*, en una foto de los buenos tiempos.



Cartas a mi hija
FRANCIS SCOTT FITZGERALD
Barcelona, Alpha Decay, 2013

La correspondencia del autor de *El gran Gatsby* es una guía para llevar por el camino de la perfección a una chavala descocada, con ganas de vivir la vida loca y triunfar

no logró terminar el libro: «No seas tan derrochadora para permitirte el lujo de arruinar obras maestras. ¡Nunca habrá bastantes!» (p. 120).

Scott Fitzgerald guía también a la narradora incipiente por los caminos de la edición. En plena Universidad, Scottie logró colocar uno de sus cuentos en «The New Yorker» y el resultado no terminó de convencer a la adolescente. «En esa época no me apetecía que me dijeran lo que tenía que leer, a qué asignaturas tenía que matricularme, si merecía o no la pena aspirar a la dirección del periódico de la Universidad...», (p. 15), escribe Lanahan en la introducción a este epistolario. A esto Scott Fitzgerald, sin embargo, hubiera podido replicar lo que él mismo escribe en julio de 1936: «Quiero verte entre lo más granado de tu raza y que no malogres tu vida aspirando a metas triviales. Ser útil y orgullosa..., ¿acaso es pedir demasiado?» (p. 33).

Lo genial de estas cartas es que sirven para descubrir al tipo más triste del mundo: un trabajador a destajo en películas de medio pelo con una hija a miles de kilómetros de distancia, con una esposa en el manicomio... Y así es normal que se empeñe en recordar que conoció la felicidad en su época de estudiante, en Princeton..., aquel tiempo que contó en *A este lado del paraíso*. «A cantidad de gente la vida le parece cantidad de divertida. A mí no me lo ha parecido. Eso sí, me divertí mucho de los veinte a los cuarenta, por eso creo que hay que aceptar la tristeza, la tragedia de este mundo en que vivimos, con una cierta alegría» (p. 39).